

Llamé á que la vieran á los príncipes de la ciencia, á los Esquirol, á los Orfila, á los Bouillaud<sup>1</sup>, á todos los hombres que en nuestros días han aventajado mas el grande arte de curar. Tuviéronse numerosas conferencias, sujetóse á la enferma á muchos exámenes, pero nada se logró, nada que fuera capaz de calmar mis temores harto legítimos.

—Es una verdadera demencia, dijéronme á una los facultativos, causada por una inquietud moral y contra la cual todos los remedios físicos nada pueden. Si estas accesiones de monomanía<sup>2</sup> pusiesen su vida y la ajena en peligro, una sangría bastaría á calmar la irritacion, pero no se destruiria con ella la influencia incontrastable de la idea fija contra la cual vienen á estrellarse todas las tentativas del arte.

—¿Pues qué tengo de hacer, señores?

—No hay remedio y no os queda mas que procurarle alivios, atenuar sus peligros, abreviar la duracion de la enfermedad. Para esto, ya que teneis posibles, cambiad de temperamento con frecuencia, divertid con distracciones continuas esa inteligencia enferma; hacelle ver las bellezas de la naturaleza, las riquezas de la creacion, el mar y sus maravillas, las flores y los frutos de los países predestinados, todos los pueblos cuyas costumbres ignora ella, todos los placeres que no ha probado, pero excluid la música, que es el único recreo que obra demasiado vivamente en un sistema desordenado.

Después de haberme dado esta aflictiva consulta los médicos se retiraron tristemente.

Arrojéme llorando en los brazos de mi padre.

—¡Oh! exclamé, ¿esto es para morirse de pesadumbre!

<sup>1</sup> Builló.—<sup>2</sup> Manía ó furor por una cosa, una idea única.

—Vivamos, hijo, díjome el buen anciano, conservémonos para ella; seamos los vigilantes de su perdida razon: mientras mis fuerzas me alcancen para amar, mientras una pulsacion agite mi seno, no faltaré á esta tarea sagrada.

Y á pesar de los esfuerzos que hacia por aparentar estar mas resignado que yo, un sollozo le cortó la palabra, y no pudiendo contener sus lágrimas, mezclólas con las mias.

V.

Antes de nuestra partida de Francia, confié mi pesar á M. de Beaulieu, quien como amigo fiel que habia llegado á ser mio, merecia toda mi confianza.

—Es de sentirse, me dijo, que no os hubiéseis dado á conocer mas antes á Silvia, pues habríais así combatido desde su principio esa supersticion que habeis fomentado inocentemente con vuestras finezas.

—Y ¿cómo habia de haberlo hecho, yo que oia sus pláticas íntimas de ellos?

—El difunto, repuso el conde, no era un rival invencible, si hubiéseis tratado de destruir su poder. Yo pasé algun tiempo con él, y sea que la proximidad de su muerte hubiese debilitado su cerebro, ó que yo no le hubiese juzgado con imparcialidad, no me parecia á mí sino un enfermo atacado de esa incontinencia de imaginacion de que ha dejado la triste herencia á la mujer que amais.

—¿No escribió él nada después de la carta fatal que vos acabásteis?

—No; fuésele apagando poco á poco la vida, y cuando yo, precisado por la muerte de mi hermano á partir de allí, dejé á la autoridad local el encargo de dar á aquel sepultura, no hallé papel ninguno que mereciese la pena de ser conservado.

Hice yo á toda prisa mis preparativos de viaje, dí á mis criados las órdenes ne-

cesarias para la vigilancia inmediata de mis intereses y á la entrada de la primavera salí de Paris con Silvia, dejando á mi padre la superintendencia de mis negocios.

Recorrimos sucesivamente la Italia, cuyo sol vivifica. Admiramos las maravillas de Venecia, cuyo lago tranquilo sirve de espejo á los planetas, las de Nápoles con su fogosa poblacion, las de Portici, cuna de la libertad. Vimos la España moderna, con su reina, criatura que jugaba á las muñecas en medio de los clamores de la guerra civil; la Inglaterra, esa gran señora, vestida de oro y de seda, arrastrando tras sí á la Escocia y la Irlanda, desguñapadas servidoras suyas; Flandes, ensobrecida con sus antiguos cuadros y sus modernas leyes; Turquía, donde reinan lado á lado del sultan nuestras conquistas, pagadas con nuestra sangre en beneficio de la civilizacion. Exploramos todas las regiones habitadas, sin poder hallar alivio á nuestros males. Se hubiera dicho que, como sucedia con el Judío errante, una voz siempre enojada nos gritaba al extremo de cada horizonte: “¡Andal! ¡andal!”

Después de cinco años de viaje, encontré en Niza, la coqueta ciudad que atavía su frente con ramilletes italianos, un amigo que habia conocido yo en Paris durante mi pasantía.

—¿Es posible? exclamé; ¿no es Lionel de Virille quien estoy mirando con mis ojos?

—El mismo, díjome él: he venido á pasar bajo esta temperatura aromatizada, los meses mayores del año.

—¿Has renunciado la abogacia?

—Sí. Hoy todo el mundo aboga: de dos hombres que se hablan, uno de ellos, por lo menos, es abogado, y trata de convertir al otro en cliente suyo. Con cin-

cuenta mil francos<sup>1</sup> de renta he mandado noramala á mi Ciceron con tanta mas razon que su prolijidad no es ya de moda.

—Y ¿qué haces ahora?

—Nada: soy aprendiz de cónsul.

—¿Aquí?

—Sí, estoy representando á la Francia bailando en las cuadrillas del rey Carlos Alberto y valsando con sus damas y las señoritas de la tierra. Desempeño la diplomacia del baile.

—Te doy la enhorabuena, amigo mio. Parece que va en progreso la diplomacia. En el régimen actual, M. de Saint-Aulaire<sup>1</sup> no hubiera alcanzado cartas de crédito. ¿Como que era gotoso!

—¡Oh! en cuanto al embajador, ¿eso es otra cosa! Él tiene derecho de ser grave y tullido, pero su séquito debe, á riesgo de quedarse sin influjo alguno social, cultivar las artes con cierta ostentacion. El encargado de negocios es un músico que canta como Rubini. Yo tengo un cofrade cuyo pincel se ha ejercitado en la paleta de los hermanos Scheffer; á mí no me quedaba mas recurso que la cabriola... ¡Tersícure me ayuda! A esto, hablemos formalmente. ¿A qué debo la felicidad de encontrar contigo?

—He venido aquí con mi mujer.

—¿Qué triste te pones al decir eso! ¿Estarás por acaso aburrido ya de las munificencias del dios de himeneo? ¿Te pesa ya la cruz?

—¡No, no, amigo de mi vida! Hoy adoro á Silvia como el primer dia.

—Muy meritorio es eso; pero entonces, ¿por qué te veo cariacontecido?

—Mi pobre compañera ha vuelto á caer en sus crisis de monomanía.

<sup>1</sup> Diez mil pesos.

<sup>2</sup> Sentolér (San Aulario).



—¿Todavía sigue creyendo en su Espí-  
ritu del hogar?

—Mas que nunca.

—¡Pobre Abel! díjome á esto apretán-  
dome la mano, ¡cuánto te compadezco, y  
cómo debes padecer!

—¡Oh! ¡mi vida es un hilo de pruebas  
mas pesadas unas que otras!

—Y ¿has consultado á los médicos so-  
bre esa enfermedad?

—A todos los he visto, y todos me han  
contestado una misma cosa. Es una idea  
fija; contra la idea fija seria en balde lu-  
char....

—¡Pobre Abel! repitió mi antiguo y a-  
fectuoso amigo.

De pronto, pareció ocurrirle un pensa-  
miento feliz, y alegráronse los ojos co-  
mo si hubiese descubierto un consuelo po-  
sible á mi dolor.

—¿Me ocurre una cosa! díjome.

—¿Qué?

—Aquí en Niza tenemos un doctor muy  
afamado, y con justicia.

—¿Para enfermedades del cerebro?

—Sí, pues él, segun dicen, estuvo antes  
loco, y al paso que la lucidez ha venido á  
iluminar su juicio, se ha desarrollado un  
sistema en su entendimiento.

—Tiene fama, ¿decís?

—¡Oh, una fama inmensa! la cual no  
hace mas que aumentar su repugnancia á  
ejercer su oficio.... Se necesita la cruz y  
los ciriales para hacerle salir de su casa...

—Si es así, ¿te parece que dejará sus  
antipatías en favor de un extranjero, él  
que tanto se resiste cuando se trata de un  
patriota suyo?

—Costará ello su trabajillo, pero me  
prometo....

—Y ¿en qué te fundas?

—Las cabriolas son útiles á los amigos  
cuando se ofrece, como la diplomacia. Yo  
he bailado varias veces con su mujer de él  
en los bailes del gobernador.

—¡Ah, que es casado tu Esculapio!

—¡Y tiene tres criaturas lindas como  
unos ángeles!

—Bueno, y ¿qué piensas hacer con tus  
memorias *corégrafas*?

—Presentarme en la casa de madama  
Alfieri, así se llama, y suplicarle que nos  
conquiste á su esposo.

—¡En Paris, dije con triste sonrisa, la  
recomendacion de una mujer parz con su  
esposo no es siempre feliz!

—Sí, ya sé que en la capital del mun-  
do civilizado, "matrimonio" no consuena,  
como en "Guillermo Tell" con "venturo-  
so;" pero aquí y particularmente entre  
los casados de quien se trata es muy dife-  
rente la cosa. Son ellos dos tortolillas,  
no viven mas que uno para otro, y aun  
llegan á reñir con el trato de gentes cuan-  
do los aparta mucho de su cara intimidad.  
Mañana mismo iré á buscarte á tu casa,  
y mientras daré los pasos necesarios para  
que la divinidad tutelar nos tenga bien  
dispuesto á su dios.

De Virille cumplió con una exactitud  
ejemplar, y yo le dí las mas expresivas  
gracias.

—Amigo mio, la puntualidad es una  
obligacion diplomática: solamente en los  
cambios de gobierno era cuando se atrasa-  
ba el reloj de Talleyrand<sup>2</sup>.... Ven, todo  
está arreglado: habla, y sobre todo no te  
asombres de los modos *excéntricos*<sup>3</sup> de nues-  
tro Esculapio semiultramontano.

Fuimos á ver al doctor Alfieri. Su ca-  
sa, situada en medio de un bosquecillo de  
limonares, presentaba una vista extraña y  
llena de novedad; dominaba sobre la cam-  
piña circunvecina y recibia los perfumes  
impregnados con las rosas que le venian  
de la Provenza, y el suave olor de las plan-

1 De baile.

2 Talerán.

3 Originales ó extravagantes.

tas marinas, traído por los vientos del Me-  
diterráneo.

Entramos, sin pasar recado, en el apo-  
sento del doctor, á quien hallamos jugan-  
do, como Enrique IV, en el suelo con sus  
tres hijos.

Era el doctor un hombre muy grueso y  
colorado; eran tupidos y crespos sus ca-  
bellos, un bigote y una barba desmedida  
interceptaban con su tinta negra el car-  
mesí de su rostro, en el cual brillaban, co-  
mo dos lámparas en un túmulo, unos o-  
jos vivos y penetrantes.

—¿Quién va? dijo en italiano, ¿qué me  
quieren?

—Yo soy, doctor, dijo Virille.

—¿Quién usted? preguntó sin volverse  
y siguiendo jugando con el mayor de sus  
hijos.

—M. de Virille, de quien os habrá ha-  
blado esta mañana madama Alfieri.

El doctor se pasó la mano por la fren-  
te; luego, levantándose, tomó afectuosa-  
mente á mi amigo de una oreja:

—¿Es por ventura para burlaros de mí  
que recurrís á mi memoria?

Parecióme que Virille se cortó enton-  
ces como quien ha sido cogido en una tor-  
peza.

—Dispensadme, tartamudeó este; se me  
habia olvidado....

—¿Vos tambien?... dijo el médico: eso  
me consuela, porque así ya tengo compa-  
ñero. Vamos á ver, ¿de qué se trata?

—De una mujer jóven que ha perdido  
el juicio y lleva muchos años de estar de-  
mente.

—Bueno, y ¿qué tengo yo que hacer en  
eso?

—Podeis sanarla, doctor.

—¿Yo?

—Vos solo. Y será por cierto la obra  
de caridad mas grande que hagais, pues  
su marido, uno de mis mejores amigos, no  
tiene vida desde que el horrendo mal ha

llegado á devastar la tierna inteligencia  
de su esposa, felicidad de su vida.

Alfieri se quedó como pensando.

—¿La locura es furiosa ó mansa? pre-  
guntó en francés.

—Viene á ser, contesté yo, una acce-  
sion que no tiene mas que apariencias de  
furor, y que tiene por causa una imagina-  
ria aparicion.

—¡Ah, sí! algun fantasma, alguna fi-  
gura sobrenatural, ¿no?

—Eso precisamente, señor.

—Siendo así el mal está en el mundo  
verdadero. No hay locura sin causa y to-  
das las quimeras que llenan la cabeza a-  
brasada de un demente, no son sino las  
sombras de realidades que le agobian.

—Señor, dije, por lo que mas quereis  
en el mundo os suplico que os sirváis ver  
á mi mujer. Yo tengo fe en vos, no sé  
por qué, y estoy por gritaros como el a-  
fligido del Evangelio: "Decid una palabra  
y será sana mi hija."

Mis instancias le enternecieron.

—Yo no soy un dios, dijo; ni siquiera  
soy un hombre cabal, pero tal cual soy me  
teneis á vuestras órdenes, ya que mani-  
festais tanto empeño en que os sirva yo.

Hice un ademan de agradecimiento.

—Cuando querais que pase yo á veros,  
me tendreis á vuestra disposicion.

—Pues mañana en la noche.

—Mañana en la noche si gustais. ¡Ah!  
á esto, ¿á qué hora?

—A las ocho.

—¿Es la hora de una crisis?

—Sí, señor doctor.

—¡Perfectamente! solo os recomiendo  
que tengais presente una friolera.

—Decid.

—Recordadme mi promesa á las siete  
y tres cuartos. Bien tomaria yo un apun-  
te, pero seria yo capaz de olvidarle tam-  
bien. A dios pues, señores; hasta ma-  
ñana.



Y despidiéndonos con un ademan, volvió a comenzar con sus hijos sus juveniles pasatiempos.

Al cruzar de vuelta por sus aposentos sorprendieron mi vista los extravagantes cuadros que cubrian las paredes; pues no eran por cierto ni los lienzos de los maestros italianos, nacidos á corta distancia de allí, ni los grabados ingleses que desespe- ran á todos los buriles de Europa, sino cartas representando figuras extravagantes é incomprensibles para nosotros, en las cuales se leía siempre: "Ejercicios de ne- motecnia<sup>1</sup>. Cuadro 1, cuadro 2, etc."

—Parece que te admiras, dijo Virille, de que aquí la nemónica sea cultivada con tanto ardor.

—En efecto, me sorprende bastante.

—Así debe ser para los que no saben que el doctor, después de la enfermedad de que nos ha hablado, estuvo mas de seis meses privado de sus facultades, y que la memoria se le ha negado ya para siempre.

—Con que ¿de nada se acuerda?

—No, su cabeza es insuficiente para re- tener las ideas una hora, y en balde ha empleado hasta el día el grande arte de fortificar la memoria.

—Y ¿cómo hace para ejercer la medi- cina?

—En eso la menotecnia surte todo su efecto: un hecho presente le hace acordarse de un hecho distante; el mal que tiene á la vista le recuerda el remedio aplicable. Nada pierde en esto la ciencia, y aun se dice que esa cabeza exenta de fatigas es mas inteligente por lo mismo que la me- moria no la abruma con sus imperiosas exigencias y que las prescripciones que concibe son mas provechosas al enfermo, aunque hijas de una inspiracion espon- tánea.

<sup>1</sup> Arte de fortificar, cultivar, conservar la memoria.

—¡Qué rara organizacion! dije entre dientes. Ahora sí caigo en cuenta de su reproche amistoso cuando, á propósito de la recomendacion de su mujer, tuviste la ocurrencia de recurrir á su memoria.

—Eso nos da tambien á conocer por qué al prometernos venir á verte mañana á las ocho exige que le recuerden su pro- mesa unos minutos antes.

(Concluirá.)

HAENDEL.

Jorge Federico Haendel, excelente com- positor de música, nació en Hala, ciudad de Prusia, el 24 de febrero del año 1694. Después de haber viajado por Italia, se domicilió en Inglaterra, y llegó á ser nom- brado en Londres, director de la Opera; pero perdió la vista en 1751. Falleció el 13 de abril 1759. Respecto de sus obras, la ópera de *Rinaldo* no fué bien recibida; el *Mesías* es uno de sus mas hermosos ora- torios: es una inmensa partitura que consta de fugas, coros, arias y recitados, y que fué compuesta en veinticinco dias. El ora- torio de *Jesé* fué su última composicion.

CORTESÍA PARA CON LAS DAMAS.

Ningun caballero debe darse por satis- fecho con solamente tocarse el sombrero al saludar á una señora que encuentra en la calle: quitársele es una cortesía que imperiosamente demanda el bello sexo.

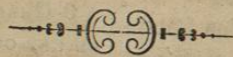
AGUJA PENÉLOPE.

Llámase así una aguja de gancho de las que se emplean para bordar al pasado, la cual está clavada de firme en su mango: con cuatro tamaños de ella bastan para traba- jar toda labor.

LA FELICIDAD.

La felicidad es un bien que muchas ve- ces tenemos debajo de nuestros piés y aun le pisamos, mientras le andamos buscando entre las nubes.

MISCELÁNEA.



CRÓNICA MUSICAL.

En Paris se ha presentado al público poco ha la *Tempesta*, ópera de M. Halevy que en Londres ha sido aplaudida con tan- to calor en el verano pasado. La música, no se puede negar, tiene un verdadero mé- rito: el prólogo todo entero es digno de los mayores elogios. Lo que mas parti- cularmente llama la atencion en él es la plegaria de Fernando, la *cavatina*, deli- cioso trozo y gratamente melancólico, tan bien compuesto como bien cantado por madama Sontag: un trio entre *Caliban*, *Miranda* y *Próspero*, escrito segun el es- tilo italiano, es uno de los pasajes de la *Tempesta* que mas han agradado á los es- pectadores.

En el segndo acto hay un trozo infini- tamente notable y dramático, la relacion de *Caliban*; en el tabló (*tableau*, cuadro) siguiente un marinero entona, con vaso en mano, una cancion llena de sal y ale- gría: *Viva el rhum che fa cantare*, la cual repite el coro con modulaciones de suma gracia. *El cantabile* de madama Sontag: *Deh taglio signore*, se recibió tambien con vivos y merecidos aplausos. Por úl- timo, la cancion y brándis de *Caliban*: *Se tutto girar*, expresion pasmosa del delirio de la embriaguez, fué saludada con vítores repetidos por toda la concurrencia.

Una de las últimas *suarés* (*soirée*<sup>1</sup>) de

<sup>1</sup> Voz francesa que significa "tertulia, reunion de varias gentes ó familias para divertirse hasta la ho- ra de acostarse." Esta es una de las muchas voces que por no haberlas en castellano piden ser PROHI- JADAS, aunque no quiera el Zurriago.

TOM. II.

la gran Sociedad Filarmónica de Paris se ha hecho notable por una ovacion que hon- ra igualmente á los que la concibieron y á quien ha sido objeto de ella. Después de la ejecucion de algunos trozos de las obras del ilustre compositor que dirigia la orquesta, y en el punto en que la admira- cion y el entusiasmo estaban en su apo- geo, presentóse á M. Héctor Berlioz una corona de oro macizo, por medio de la cual quiso una sociedad de aficionados manifes- tar cuánto apreciaban las producciones a- trevidas y originales del autor de *Romeo y Julieta*. Tambien se aplaudió mucho en la misma *suaré* á una jóven y muy nota- ble pianista, la señorita Clauss, de Praga, discípula de un profesor ciego.

Hace poco que se ha dado á la luz pú- blica una obra muy importante: la *Reden- cion*, gran oratorio, de un compositor ita- liano de un mérito sobresaliente, Giulio Alazary. Esta obra severa é imponente se estrenó el año pasado con un éxito a- sombrosamente feliz.

(Traducido para la Semana.)

CONSEJO

A LOS QUE CULTIVAN LAS FLORES.

Luego que las hojas de la anémoma, del ranúnculo, del jacinto ó del tulipan se po- nen amarillas, deben arrancarse estas plan- tas y guardarse muy bien en bolsas de pa- pel, hasta que llegue la estacion de sem- brarlas; pues si se dejan en la tierra reto- ñan en el otoño, lo cual debilita los bul- bos (*camotes*) y les quita su lozanía.

P.—46